

LA OPOSICION DEMOCRATICA AL FRANQUISMO

CON el libro "La oposición democrática al franquismo" (Editorial Planeta), el joven profesor Xavier Tusell, consagrado ya como uno de los más ilustres historiadores españoles de este momento histórico, ha obtenido muy merecidamente el premio Espejo de España 1977. Es muy abundante la literatura sobre nuestra guerra civil y sobre el régimen franquista subsiguiente, pero faltaba una obra que sistematizase la oposición al gobierno de Franco y nos ofreciese una perspectiva completa de las luchas entabladas por españoles dentro y fuera de su patria para derrocar el régimen establecido desde abril de 1939 hasta noviembre de 1975. Esta es la labor que ha realizado Tusell no sólo con una búsqueda laboriosa de documentos conservados en los archivos públicos y particulares, sino también recogiendo testimonios vivos de los personajes del drama.

No toda la oposición al franquismo ha sido democrática ni promovida por demócratas. Muy al contrario, los primeros enemigos que se alzaron frente al general Franco salieron de las propias fuerzas que se llamaron entonces "nacionalistas" en lucha feroz en los campos de batalla y en las retaguardias contra los "republicanos", llamados también, con no mucha propiedad, "rojos". Tusell prescinde de estas luchas internas en la retaguardia nacionalista, sobre las que se ha escrito suficientemente. Al joven historiador le preocupa preferentemente la actitud de los demócratas españoles frente a la dictadura impuesta por el generalísimo del bando triunfador. No oculta el carácter nada democrático de los primeros objetores de Franco dentro de la España nacional. Pero estudia su evolución hacia posiciones democráticas, hasta llegar, al través de un proceso de acercamiento, hacia una convergencia más esporádica que otra cosa, con la oposición democrática intentada del lado de los vencidos desde su exilio en tierras americanas y europeas y, simultáneamente, desde el exilio interior por quienes permanecieron en España y desde "dentro" trataron de rehacer las antiguas formaciones políticas republicanas desaparecidas completamente el día mismo que terminó la guerra.

Constitución monárquica

LA oposición monárquica suscita en Tusell páginas veraces y acertadas. Formóse esta oposición en torno a don Juan de Borbón, en cuyo favor, tras la renuncia de sus dos hermanos mayores por enfermedad, el Príncipe de Asturias, y por incapacidad física el infante don Jaime, abdicó el rey Alfonso XIII el día 15 de enero de 1941, no sin haberse resistido antes obstinadamente. La aparición de don Juan aun antes de ser oficialmente pretendiente al Trono se inició desde la extrema derecha, representada en aquellos momentos por Renovación Española y por Acción Española, en cuya doctrina había sido el príncipe don Juan educado políticamente. El desvío de los monárquicos respecto del franquismo se inició ya, aunque sin consecuencias respecto a la lucha en los frentes, desde la misma guerra civil, y tomó cuerpo apenas terminada ésta. Elementos monárquicos significados intentaron convencer a dirigentes políticos, y sobre todo militares, de la conveniencia de la restauración. La conspiración monárquica se muestra muy desarrollada desde 1942, con caracteres crecientemente democráticos, al inclinarse la segunda guerra mundial en favor de los aliados.

Surge Gil-Robles, tras su decidida adhesión a la causa monárquica que encarna don Juan, como el protagonista del apoyo democrático a la restauración, no negociada con Franco—Gil-Robles no cree en la eficacia de esa negociación—, sino como una intimación, sin asomo de violencia, al generalísimo para que dé paso al rey. Tusell sigue paso a paso las incidencias de

ese intento, y no olvida la carta de Gil-Robles al general Asensio, ministro de la Guerra, advirtiéndole que "su política—la de Franco—está irremediablemente condenada". Entretanto, los vencidos cuya vida transcurría lejos de su patria



Xavier Tusell

viven las esperanzas y las desesperanzas de los avatares de todos los emigrados políticos. La Junta Española de Liberación lanzó, en vísperas de las Navidades de 1943, un manifiesto en la defensa de la legitimidad republicana y en busca de ayuda exterior. En octubre de 1944 se llega al acuerdo entre republicanos, libertarios y socialistas cristalizado en la Alianza Nacional de Fuerzas Democráticas. Parecía llegada la hora de ilusión plena cuando la guerra mundial termina con el triunfo de los aliados. El 10 de enero de 1945 se reúnen los restos de las Cortes republicanas en Méjico. Pero a la Conferencia de San Francisco acuden los exiliados desunidos.

Estimo ponderada la opinión de Tusell cuando afirma que, así como los años 1946 y 1947 fueron los de las grandes esperanzas en la

restauración, 1948 y 1949 son años de transición hacia una aceptación por don Juan de las fórmulas sugeridas por sus colaboradores más proclives al estrechamiento de relaciones con Franco, como lo demuestra la entrevista del Azor. En carta dirigida el 10 de julio de 1951 por el conde de Barcelona al Caudillo se exculpa de no estar identificado con el Movimiento, al que dos veces se ofreció "como voluntario".

Los sucesos de 1956

OFRECEN, a mi juicio, singular interés las páginas que dedica Tusell al nacimiento de una nueva oposición, cuyo papel es, en estos momentos de período electoral, importante y pudiera ser trascendental. Sirven de punto de referencia al autor de este libro los sucesos universitarios de febrero de 1956. A su juicio confluyeron en ellos varias causas de inconformismo: radicalismo de jóvenes falangistas no demasiado dóciles a las directrices de la Secretaría del Movimiento, monárquicos descontentos por los procedimientos coactivos utilizados en las elecciones a concejales para impedir su triunfo, jóvenes católicos disidentes del franquismo, el Partido Comunista y un liberalismo creciente, eco de Ortega, Marañón, etc., que recogería Dionisio Ridruejo, desengañado del fascismo-franquismo. Toma pie de estos hechos Tusell para estudiar los orígenes de la socialdemocracia acaudillada por Dionisio Ridruejo. Punto de partida fue la conferencia ante los ex combatientes de la División Azul de Barcelona en abril de 1955: "Sobre el envilecimiento de la vida civil de España". Sin duda, el hasta entonces fogoso falangista sintió el imperativo ético de buscar nuevas orientaciones y de fomentar su contacto con la juventud.

La oposición demócrata-cristiana

TRATA a continuación el joven historiador de los orígenes de la oposición demócrata-cristiana. El haber sido el autor de este comentario uno de los fundadores de aquel partido demócrata-cristiano clandestino le permite ponderar debidamente las dificultades que Tusell ha encontrado para anudar los hilos de aquella operación fundadora de la DC en la más inequívoca oposición al régimen de Franco. Tras los intentos organizativos de la oficialmente extinguida Acción Popular, dirigidos por Gil Robles desde Estoril y Geminiano Carrascal desde Madrid, que no llegaron a fraguar, el propio Carrascal y Rodríguez Soler iniciaron con éxito la operación de fundar un grupo de inspiración demócrata-cristiana. Desde la primera mitad de la década de los cincuenta cobraron inusitado interés los denominados "café de Rodríguez Soler", consistentes en reuniones, cada sábado, en casas particulares, en las que se estudiaban los problemas del país y su porvenir y se elaboraban en forma escrita proyectos de constitución, de ley electoral, de prensa, etc. Se adoptó para el nuevo grupo el nombre de Democracia Social Cristiana, y, a pesar de que se definía como "un grupo nuevo que no puede ni quiere ser reedición de ningún otro pretérito y nace enteramente desligado de todo compromiso", recogía fundamentalmente personalidades procedentes de Acción Popular, y por ello "estimaba en todo su valor la participación de nuestras tareas de antiguos políticos de significación católica, actualmente coincidentes con nuestro ideario".

El programa concreto—a juicio de Tusell—podría ser suscrito por cualquier partido democristiano de la época. Surgieron, como parece inevitable entre españoles, personalismos que giraban en torno al mayor peso de lo nuevo o al mayor reconocimiento de lo realizado en la época republicana. Continuaron los café de Rodríguez Soler y adquirió nueva tramitación la DSC, cuya constitución definitiva se dilató hasta mediados de 1960 en la Asamblea nacional celebrada en El Paular. Se aprobaron nuevas bases y en su preámbulo se decía: "Creemos con profundo y honrado

ciencia y que, quíerese o no, el acceso de todos los ciudadanos a la vida pública será un hecho en España como lo va siendo en todas las naciones que viven de este lado del telón de acero."

Otros grupos democráticos

LA "otra" democracia cristiana, la de izquierda, nació entre sectores juveniles con ocasión de los acontecimientos universitarios de 1956 y encontró su líder en el ex ministro de Agricultura de la CEDA, don Manuel Giménez Fernández, hombre mal visto por las clases conservadoras españolas desde sus proyectos de reforma agraria en la época republicana y que estuvo a punto de ser ejecutado al comienzo de la guerra civil, la cual le sorprendió en Sevilla, evitando esta, que hubiera sido injustísima muerte, el propio general Queipo de Llano. La aspiración de Giménez Fernández se limitaba a constituir el ala izquierda de un gran partido demócrata-cristiano capitaneado por Gil-Robles. En junio de 1959 el jefe de IDC declaraba a "The Observer" que la manera más eficaz para combatir el régimen era extender por el país los grupos políticos auténticamente democráticos siempre que éstos representen posiciones reales y no pequeños personalismos.

Hubo otro sector político surgido de los medios católicos formados por hombres de formación universitaria y obreros que defendían la república democrática federal y otro de carácter inicialmente religioso que se formó alrededor de Julio Cerrón Ayuso, fundador del llamado Frente de Liberación Popular, que fue desarticulado por la policía franquista sometiendo a un consejo de guerra a Cerrón, a quien se condenó por delito de rebelión a la pena de tres años de cárcel. Pero recurrida la sentencia por la no conformidad del capitán general de Madrid, el Consejo Superior de Justicia Militar impuso a Cerrón la pena de ocho años de cárcel.

En diciembre de 1957 apareció un nuevo sector monárquico identificado con la democracia, que se denominó Unión Española, y cuyo líder fue Joaquín Satrustegui, cuya

actuación tuvo dos notas destacadas: su europeísmo ardiente y batallador y su convicción de que había que luchar incluso por la vía legal en el interior, a cuyo efecto concurrieron a las elecciones municipales convocadas por el régimen franquista sin arriarse con las coacciones e ilegalidades de que fueron víctimas.

No olvida Tusell en su exámen exhaustivo de los grupos democráticos de oposición al franquismo al grupo funcionalista de Salamanca, cuyo inspirador fue Tierno Galván, quien hizo de su cátedra de Derecho de Salamanca el centro de su actividad política.

Los intentos de coordinación de los diversos grupos y los contactos con el exilio de los que fueron principales protagonistas en agosto de 1956, Herrera Oria (Francisco), Menchaca y López Aparicio, culminaron después de diversas alternativas, contrariedades y persecuciones, en el Congreso del Movimiento Europeo de Munich de 1962, preparado fundamentalmente por la Asociación Española de Cooperación Europea, fundada en 1954 por un grupo de miembros de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas. Consigna el autor de este libro datos interesantes y fidelísimos—este comentarista puede atestiguarlo—de los incidentes de aquel Congreso, en el que los asistentes españoles solicitaron del Gobierno, para la integración de España en Europa, medidas tan revolucionarias como las siguientes: instituciones auténticamente representativas, garantía de los derechos de la persona humana, reconocimiento de la personalidad de las comunidades naturales, libertades sindicales, posibilidad de corrientes de opinión y de partidos políticos. Anota puntualmente Tusell las represalias de que fueron objeto a su regreso a España los asistentes al Congreso de Munich sin que fueran juzgados y, por tanto, oídos.

En opinión de Tusell, la tragedia de sistemas políticos como el franquista consiste en que reducen a la oposición moderada a estados como el descrito por una combinación de represión, la conciencia de la imposibilidad de lograr nada y el recuerdo del trauma histórico que lo había engendrado.

J. L. DE S. T.